

Prólogo

Como siempre, el anciano estaba soñando. El apagón le despertó, pudo entrever cómo las aspas del ventilador aminoraban el ritmo y terminaban por detenerse. Su esposa siguió durmiendo, el *pallu* del *sari* alejado del cuerpo, el sudor brillante en las arrugas de su cuello, los brazos extendidos como los de una niña. Salió a la veranda, donde una brisa húmeda apenas proporcionaba un ligero alivio. Unas pocas gotas de lluvia golpeaban contra la tierra polvorienta, las hojas del árbol de *kadamba*. Se dejó caer pesadamente en la silla de mimbre, inclinando la cabeza contra el respaldo de forma incómoda, separando las rodillas para refrescarse. Quiso volver a su sueño. Era uno recurrente. Extraordinarios fragmentos de memoria enterrada más reales que su vida actual.

La barca se deslizaba por un paisaje que despertaba a la vida en torno al anciano. El río bajaba crecido por la lluvia de julio, cometas de papel multicolor se elevaban a distintas alturas, a lo lejos. Juncos medio sumergidos, que brillaban a la orilla del agua, se expandían en campos de yute anegados o en ondas de arroz color esmeralda. Un martín pescador, que se había posado sobre el mástil de bambú colocado para extender las redes de pesca, se lanzó al agua en un chapuzón repentino.

En ese momento el bote estaba atravesando un *beel*, ni un lago ni un pantanal, característico del paisaje llano de Bengala. El río se desparramaba por una zona de tierras bajas hasta formar una capa de agua plana como un espejo, una extensión sin

costa en el monzón. El agua era tan clara como el cristal, el barco apenas rozaba la superficie, apenas causaba una ondulación. Los pueblos, un grupo de cabañas construidas sobre un montículo, sobresalían como islas. Nenúfares amarillos y blancos, rosas, rara vez azules, alzaban sus cabezas puntiagudas llenas de pétalos, y el ave acuática característica de los beels buscaba insectos en medio de círculos frondosos.

Durmiendo de forma incómoda en la silla, el anciano abrió la boca mientras respiraba con dificultad. Ahora estaba nadando en el río, era un hombre joven. Llevaba el *dhoti* doblado por encima de las rodillas y remetido alrededor de la cintura, y con los brazos cortaba el agua con hábiles movimientos envolventes. Girando y riendo, nadaba con los peces que le rozaban los hombros, los costados. En ocasiones había alcanzado a ver el delfín del Ganges, aunque él nadaba en un afluente del Brahmaputra. Como él, el delfín de nariz larga rompería el agua buscando el aire. Su aleta ondularía de un lado a otro mientras nadaba en aguas poco profundas, cazando peces pequeños, empleando el sonar para avanzar. Tras rozar el lecho del río para orientarse, atraparía a los peces con un chasquido de sus mandíbulas alargadas.

Las aguas de arena revuelta se cernieron sobre los ojos del anciano. El sueño del delfín se disolvió en una corriente burbujeante. Cada esfera vidriosa cercaba el doloroso vacío en su interior. Habían pasado casi cuarenta años desde que vio el Brahmaputra. Cuarenta años desde que vio su tierra verde, verde, perdida para siempre en Bangladesh.

En la pequeña habitación situada en la parte delantera de la casa, su nieta Chhobi se despertó con el sonido de los truenos. Con el aire inmóvil, el colchón plagado de bultos retenía el calor y resultaba insoportable, y se pasó al suelo. Era esa época del año que expande los límites de la resistencia, cuando intentar refrescarse parece ser la única preocupación. Esa época de tensión y expectativa que precede al monzón a la que su abuelo llamaba *Rohini*.

Con anterioridad una tormenta de arena había dejado su huella polvorienta por todas partes, y en aquel momento ella

sentía en la piel el roce de los granos de arena. Rociándose a sí misma y el suelo con una jarra de agua tibia, se remangó el cafetán hasta la mitad del muslo. El sueño no regresó y de repente retrocedió hasta otra noche que pasó en vela hace casi un año.

Una noche en la que la irritación dio paso a la ansiedad cuando los minutos pasaron de las once, la hora límite para su hermana Sonali. Chhobi recordó con dolorosa claridad que permaneció tumbada sobre una almohada húmeda de sudor observando la luz amarilla de la calle, fuera, más allá de la verja, que parpadeaba por el voltaje escaso e incierto, mientras en el minuterio luminoso del reloj de la cabecera de la cama avanzaban con sigilo las horas prohibidas. Después de las tres de la madrugada comenzó a caminar impaciente hasta la ventana, y vuelta. Cuando por fin oyó traquetear el pestillo de la verja, salió rápidamente para ver el Datsun rojo de claxon musical circulando marcha atrás por la calle. Sólo un coche haría sonar *Jingle Bells* en junio.

Sonali, con el rostro medio escondido bajo la cascada de su pelo, entró sin decir nada, y después comenzó a desvestirse con rapidez. Chhobi sintió una llamarada de indignación en aquel momento, no sin un matiz de envidia. Controló las ganas de agarrar a Sonali del pelo y quitarle esa expresión del rostro a sacudidas. Secreta, amotinada, con un ribete de culpa, pero superior por los placeres no compartidos que acababa de experimentar.

Como cualquier otra noche, Sonali se sentó en su cama y se cepilló el pelo. El destello de furia de Chhobi no se desvaneció pero pareció irradiar a aquel río negro que bajaba por la espalda de Sonali, mientras el brazalete de plata se movía rítmicamente arriba y abajo. En la oscuridad su pelo se iluminaba con chispas estáticas, como si lo inflamasen el enfado de su hermana y una noche de junio sumamente seca en Delhi, en 1983.

~

Se acercaba el alba cuando Chhobi oyó las primeras y escasas gotas de lluvia golpeando el cristal de la ventana. Iba a la deriva entre un sueño intranquilo y una vigilia inquieta. Este

monzón no iba a ser una época de rejuvenecimiento sino de renacimiento. Los acontecimientos iniciados por Sonali un año antes llegarían a su culminación predestinada y a la familia se le pediría que echase mano de recursos ocultos que ni siquiera sabía que existiesen. Enfrentada a circunstancias implacables, emergería en encarnaciones más poderosas, templada por el fuego que estaba a punto de arder furiosamente.